

de Inglaterra, como hemos dicho, no habia tenido noticia de él y lo creía muerto: tardó mucho en aprehender la lengua inglesa, y al cabo de siete años, enfadado de no conseguir cosa en aquella corte despues de haberse concertado en algun modo con el Rey, que era Enrique VII, determinó volverse á Castilla en busca de su hermano; pasó por Paris y quiso saludar á Carlos VIII, que le recibió con mucho agrado, y supo que su hermano el Almirante habia descubierto las Indias, y le mandó dar cien escudos para el camino; y aunque se dió prisa para llegar á España á ver el Almirante, halló que segunda vez era partido con los diez y siete navíos. Fué á besar la mano á los Reyes Católicos que estaban entónces en Valladolid, le honraron mucho, y le enviaron á las Indias con tres navíos en que se remitian bastimentos para el Almirante. Llegó á la Española por Abril, y surgió en el Puerto de Isabela pocos dias despues que su hermano habia ido al descubrimiento de Cuba. Parecióle al Almirante que convenia darle autoridad á su hermano D. Bartolomé, para que le ayudase en sus empresas y le sirviese de consuelo y descanso, por cuyo motivo dióle el título de Adelantado (que es lo mismo que teniente general, prefecto y gobernador) de las Indias; y aunque no lo hallaron á bien los Reyes Católicos, diciendo que no habian conce-

dido al Almirante poder para dar aquel título, porque á ellos pertenecia privativamente, algunos años despues se le confirmaron. Y en verdad que era sugeto muy acreedor á tan alta dignidad, pues D. Bartolomé no era ménos aventajado en la náutica que su hermano D. Cristóbal. Aun se observa en las historias que D. Bartolomé fué maestro de cosmografía y geografía del Almirante, lo que dió á entender que era su hermano mayor: su conducta era muy medida y sábica: pasó por uno de los hombres más valientes de su tiempo: era liberal y de ánimo generoso, y como dice Herrera, era áspero de condicion y libre; causa por donde le aborrecieron muchos: mejor se deberá decir, que la envidia quiso oscurecer sus virtudes con esta nota de duro; y es cierto que en varias ocasiones la emulacion maligna, desbarató las medidas más cuerdas de estos dos hermanos, por el sentimiento que causaba la prepotencia y grandeza de estos pilotos extranjeros.

Con la ayuda y consejo del hermano, descansó el Almirante y vivió con mucha quietud. El socorro de víveres que le habia traído, no podia haber venido á mejor tiempo; pero no alcanzaban para tanta gente. Volvió á experimentarse la hambre, que produjo muchos desórdenes. El mayor daño provenia de la tropa que estaba bajo

las órdenes de Pedro Margarit. Este oficial, á quien se le habia confiado el mando de un buen número de tropas para que corriese la isla y la redujese á la obediencia de los Reyes Católicos, especialmente la provincia de Cibao, de que se esperaba la mayor utilidad, con el encargo de contener sus soldados en la más exacta disciplina para quitar á los indios todo motivo de queja, hizo todo lo contrario, porque luego que partió el Almirante, se fué con su ejército á la Vega Real, que dista diez leguas de la Isabela; alojó á sus soldados en aquellas poblaciones, adonde vivian sin regla ni disciplina, pues era mucho pedir que un soldado mal comido no lo fuese á buscar con las armas en la mano, así como no podian los pobres indios contribuirles tanta cantidad de víveres como pedian; les tomaban por fuerza lo que tenian; y abandonándose á todo género de licencias militares los soldados, cometieron para con los pobres isleños las más excesivas violencias. Pensaron entónces los indios cómo habian de echar á los cristianos de su tierra, comenzando á experimentar que no tenian que esperar de semejantes gentes amparo alguno, ántes bien, mucho que temer de su parte. Coligáronse los cuatro Reyes principales de la isla con sus caciques subalternos, ménos el Rey de Marien, para esperar á los castellanos que ya aborrecian, hasta á los

que no los habian visto, con la fama de sus vejaciones y mala conducta: cuantos castellanos caian en sus manos desprevenidos, á tantos mataban de un modo cruel: muchos de ellos, que se habian refugiado en un jacal ó casa de paja, fueron quemados en él sin remedio. Luego que supo lo que pasaba D. Diego Colon, gobernador de la Isabela y presidente del consejo, fundado por el Almirante, hizo que los del consejo reprendiesen á D. Pedro Margarit, porque no refrenaba la vida licenciosa de los soldados: comenzó á responderles con desagrado, enviándoles cartas muy desvergonzadas. Se retiró á la fortaleza de Santo Tomás, dejando á su tropa en entera libertad para procurarse bastimentos por las vias que quisiesen, porque ya les apuraba la hambre, y á él como á todos; y no era solo este azote el que le atormentaba; padecia (*) de antemano gravísimos dolores, que no lo dejaban descansar ni de dia ni de noche, ocasionados por el virus venéreo que le habian regalado unas indias principales. Pensando Margarit que la causa de aquellos dolores era por la intemperie del país y por sus malos alimentos, resolvió volverse á España, y con este fin se fué á la Isabela; y como estaba disgustado con el gobernador, cuya nobleza nueva le cho-

(*) P. Charlevoix, Hist. de Sto. Domingo ó Española, pag. 116, tom 1.

caba, engreido él por su gran nacimiento, le trató con tanto desprecio, que no se dignó hacerle una visita: trató luego de hablar mal de los Colones con algunos de su bando, á los que se agregó el padre Boil, quien tuvo la imprudencia de publicar que queria ir á desengañar á los Reyes Católicos sobre las pretendidas minas de oro que les habia informado el Almirante. De las amenazas pasaron á los efectos. Pedro Margarit y el padre Boil se embarcaron en los tres navíos que llevó D. Bartolomé Colon, para volverse á Castilla. Llegados á la Corte, informaron contra los Colones, diciendo todo el mal que pudieron de ellos; añadiendo que no habia oro, y que todo era burla y embeleo quanto el Almirante decia; que verdaderamente habia tal cual grano de este metal en la isla Española; que se acabaria bien presto, y que por tan poco no convenia sacrificar tantos hombres de bien, ni hacer tantos gastos; que si con todo eso se hallaba por conveniente mantener alguna colonia en aquellas partes, que se haria preciso enviar á unos gefes más capaces para su gobierno, que no los tres hermanos genoveses. Oviedo dice (*) que estaban bien informados los Reyes de las vejaciones que se hacian de nuestra parte á los miserables indios; motivo

(*) Gonzal. Fernand. de Oviedo.--Crón. de las Indias, lib. 3, cap. 3.

porque llamaron á esos dos personajes, y que se dignaron principalmente al padre Boil y á otros quejosos, para instruirse mejor de las cosas del Almirante, las que sus émulos hacian por ventura más criminales de lo que eran; pero hay apariencias de quese engaña este historiador en esto, y Herrera (*) por su lado, dice que volvió á Castilla Margarit, temiendo el castigo que se merecia por su desobediencia y los desórdenes que consintió á su tropa, llevando consigo á Fr. Boil con algunas personas de su partido. Lo mismo dice D. Fernando Colon, que queriendo Margarit ser superior á todos, por no esperar al Almirante, á quien habia de dar cuenta de su cargo, se embarcó sin dar otra cuenta de sí, ni dejar orden alguna á la gente que se le habia encomendado (**); de cualquier modo que haya sido el viaje, sin licencia ó con ella, á España, de D. Pedro Margarit, aqui fué donde se terminó el apostolado del padre Fr. Bernardo Boil, el primero que, como dice Honorio Philopono, haya predicado á Jesucristo en el Nuevo-Mundo, creyendo que era monje benito, y hallando muy á mal que los padres jesuitas no le den la preferencia sobre San Francisco Javier. Ya he demostrado que era de la religion seráfica, y que ciertamente fué el primer

(*) Herrera.--Décad. 1, lib. 11, p. 49.

(**) Ferdinan. Colon, cap. IX, pág. 59, mihi.

ministro evangélico, caracterizado con comision evangélica, que pasó al nuevo-Mundo: fabricó la primera iglesia en la Isabela, y los historiadores no nos dicen otra cosa de su conducta en su ministerio más de esto, y se difunden en los descubrimientos que tuvo con él el Almirante, y en las quejas que dió en la corte contra él; despues no se vuelve á mentar este religioso y nos dejan sin noticia alguna de su paradero, despues de su vuelta á Castilla.

Envidioso el enemigo de las almas del fruto tan grande que podian sacar el padre Boil, vicario apostólico, y sus compañeros, procuró luego sembrar zizaña en aquella mies reciente, introduciendo recelos y disgustos entre los dos polos principales de la conversion, el Almirante y el padre Boil, y logró en parte sus malditos intentos, porque el padre Boil no pudo hacer otra cosa que fabricar su primera iglesia, y mal aconsejado de su paisano Margarit, se fué con él á España, dejando la conversion de la isla por seguir sus pasiones irritadas contra el Almirante; pero sus compañeros desempeñaron muy bien esta falta, ayudados de su celo y de la buena intencion del Almirante. Entre los misioneros que llevó en su compañía el padre Boil, se señaló mucho en la predicacion evangélica uno llamado fray Juan Borgoñon, ó de Borgoña, natural

del Condado de ese nombre (*), y fué uno de los primeros religiosos de nuestra Orden que entraron con el Almirante Colon en las Indias. Mientras fabricaba el padre fray Boil su iglesia, entró el año de mil cuatrocientos noventa y tres en el gran reino de Magua, ó Mayaguana, donde con otros de nuestra religion trabajó con espíritu seráfico en la conversion, instruccion y catecismo, especialmente de su rey ó señor, cacique llamado Caunabo, quien, por sus bellos modales, le recibió con afabilidad, y por este medio convirtió á muchos indios á nuestra santa fe; pero de allí á poco, como llegasen á ofender á este rey los nuestros, irritados de sus hostilidades, mandó salir los misioneros de su reino, y fray Juan Borgoñon con sus compañeros se retiró á los confines y gargantas del reino de Magua en los confines del Rey Guarionex, esto es, á la Vega Real, donde estuvo dos años en compañía de fray Juan Roman Pane, religioso gerónimo, aprendiendo la lengua del país de orden del Almirante. Verémos despues el suceso de su aplicacion y celo; pero volviendo á la vuelta precipitada á Castilla de Pedro Margarit con el padre Boil, apénas habian partido de la Isabela, cuando entró el Almirante en ella, previendo, mas

(*) Haroldo.—Epitom. anal, minor, an. 1493, fol. 619, y otros.

sin remedio, las consecuencias del viaje del gobernador y del vicario apostólico. Luego que supo Guacanacarico, Rey de Marien, la arribada del Almirante, fué á visitarlo, significándole cuánto le pesaba de su enfermedad y trabajos, y le dijo que no habia podido impedir las desgracias y muertes sucedidas á los cristianos; que él era su amigo, como lo habia probado en diferentes ocasiones esenciales; que por esto le querian mal todos los de la isla, y se ofreció á acompañarle con sus vasallos para pacificar la isla y vengar las injurias que le habian hecho.

No despreció el Almirante su oferta, y resolvió marchar en persona contra los caciques; pero ántes, reflejando que si entraba en campaña con las pocas tropas que le quedaban, podian juntarse innumerables indios, que sin duda lo habian de acabar, determinó atacar á sus enemigos unos despues de otros, y de emplear la astucia, maña y sorpresa, ántes que declararse abiertamente con todas sus fuerzas.

Como Caunabo, Rey de Maguana, era, sin contradiccion, el más terrible y poderoso de todos los caciques, trató el Almirante de asegurarse de él; y sabiendo que este Príncipe apreciaba más el laton que el oro, y que tenia muchas ganas de tener en su poder la campana de la iglesia de la Isabela, porque le parecia que hablaba,

aprovechóse de estas noticias para cogerlo de sorpresa, y encargó á Ojeda la ejecucion de su intento. Este capitán, que mandaba en la fortaleza de Santo Tomás, despues de haber recibido las instrucciones del Almirante, partió con nueve hombres de á caballo, bien armados, para ir á la Maguana, donde residia su Rey Caunabo, habiendo ántes hecho correr la voz que iba cargado de regalos para ese Príncipe, con quien querian los castellanos entablar una paz firme y durable.

La poca comitiva que llevaba el capitán Ojeda no dió lugar á sospechar el misterio que encerraba esta embajada, y así fué recibido con mucha magnificencia. Ojeda presentó al Rey los regalos que se le habian prevenido, dándole el acatamiento debido, acompañado de expresiones muy afectuosas de parte del Almirante, y de grandes quejas sobre los grandes preparativos que se hacian en toda la isla contra los castellanos, que no deseaban otra cosa que vivir en buena armonía con sus vasallos y todos los isleños. Propuso despues varias condiciones muy razonables y ventajosas á los vasallos de Caunabo, y que el vínculo de la union de entrambas naciones habia de ser la campana mayor de la iglesia de la Isabela. Entretanto, añadió el capitán Ojeda, mi general me ha mandado, señor, poner en vues-

tras manos un regalo raro, y tan especial, que no se hecho semejante á otro Príncipe. En diciendo esto, le enseñó unos grillos y unas esposas, muy pulidos y bruñidos, que parecían plateados, y le dió á entender que era costumbre de los Reyes llevar estas insignias á los piés y á las manos; que él se las pondría, y vendría á caballo, y parecería delante de sus vasallos como los Reyes europeos. Dió tontamente el Príncipe caribe en la trampa, y se dejó llevar adonde estaban los compañeros de Ojeda: pusieronle los grillos, y el embajador, que tenía su caballo pronto, mandó que así con las esposas lo subieran á las ancas de su caballo, y con sogas hizo que atasen su cuerpo con el suyo. Luego se fué alejando á galope, y caminando aprisa llegó á la Isabela con Caunabo y se lo entregó al Almirante, quien tuvo un gozo muy grande por ver asegurado al único enemigo que tenía en toda la isla. Este cacique sufrió su desgracia con ánimo muy constante; y cuando entraba el Almirante á verle, nunca le hacía reverencia, sino á Alonso de Ojeda; y preguntado por el Almirante, por qué se portaba de ese modo, respondióle que jamás se humillaría delante de un traidor, que no había osado ir en persona á ejecutar su traición; que valía más su oficial que él, pues había tenido valor para irle á prender.

Esta altivez costó la vida á este infeliz Rey, y el Almirante, no queriendo mandarle dar la muerte, determinó embarcarlo en un navío que despachaba para Castilla, en el que, habiendo naufragado, se ahogó Caunabo y pereció todo el equipaje.

Pedro Mártir de Angleria, que se inclina siempre en contra de los pobres indios (porque quizás así lo hacían por entónces los que escribían á la Corte), refiere el hecho de muy distinta manera. Dice, pues: « que habiendo querido Ojeda persuadir á Caunabo á que se fuese á ver con el Almirante para negociar con él, que el cacique consintió en ello, pero con el dañado intento de matar á Colon, llevando para ese fin una numerosa escolta consigo; y preguntado por Ojeda, que por qué llevaba tanta gente, le había respondido, que no le convenía caminar con menos comitiva; que entónces creyó Ojeda que lo mejor era prevenir sus intentos, y fraguó el modo de asegurarse de su persona, como se ha relatado. » Añade Oviedo, que luego que supo un hermano de Caunabo lo que había sucedido, levantó tropas, las dividió en cinco partes y las hizo acercar á la fortaleza de Santo Tomás, con el intento de hacer algunos prisioneros para canjearlos por su hermano; pero que Ojeda, despues de pequeñas escaramuzas, donde murieron algu-

nos españoles y muchos indios, hizo prisionero al Príncipe mismo, quien, sabiendo que lo querian enviar á España, murió pocos dias despues de dolor y de despecho.

No hacia mucho tiempo que habia partido de la Isabela el navio que llevaba al Rey de Maguana preso á Castilla, cuando llegaron cuatro navios despachados de España con diligencia, bien proveidos de todas las cosas que habia pedido el Almirante para enderezar y fomentar la colonia, que estaba reducida á los últimos extremos del hambre y de la miseria; pero con estos mismos navios recibió el Almirante cartas de los Reyes Católicos, dándole muchas gracias por lo que trabajaba en su servicio, y ofreciéndole de hacerle muchas mercedes; asimismo le instaban á que con más particularidad enviara una relacion circunstanciada de todo lo que habia observado en sus viajes á las Indias, dando parte de los nombres que tenian las islas descubiertas, los que él les habia puesto, y lo que habia observado en ellas; y que enviase cuantos pájaros raros y especiales habia en aquellas partes. Que solo enviaban copia del asiento que se habia tomado con Portugal, tocante á la línea de demarcacion; y que, como estaban combinados de colocar esta línea, amigablemente y de concierto, adonde conviniese, terminadas ya las diferencias entre

ambas Córtes, deseaban sus Altezas tener sobre este asunto su parecer y el de su hermano Don Bartolomé.

A fines de este año supo el Almirante, cómo, por la prision de Caunabo, se habia alterado mucho toda la isla, y que se juntaba mucha gente de guerra en la Vega Real. Aunque no se turbó por estos grandes preparativos de los isleños, sin embargo, no creyó que se debía descuidar para inutilizarlos. Hizo avisar al Rey de Marien de la determinacion en que se hallaba de marchar con todas sus tropas para refrenar la osadia de los indios, y este Principe luego se le juntó con buen número de sus vasallos. Habia mandado el Almirante para esta expedicion doscientos infantes y veinte caballos, y veinte lebreles de presa; y estando todo pronto, salió de la Isabela el dia veinte y cuatro de Marzo de mil cuatrocientos noventa y cinco, acompañado de su hermano el Adelantado y del Rey Guacanacarico, que conducia y mandaba sus propias tropas. Apénas hubo entrado en la Vega Real, cuando se descubrió el ejército enemigo, que pareció ser de cien mil hombres, y mandado por Manicateo, hermano de Caunabo. Fué á su alcance al instante el Almirante, y le encontró en el mismo paraje donde despues edificó la ciudad de Santiago. Embistió este cuerpo numeroso de indios

que, como acostumbrados á pelear á fuerza de brazos y á golpes de macanas, extrañaron el ver cómo los españoles deshacian líneas enteras de los suyos con sus armas de fuego, atravesaban tres ó cuatro cuerpos con sus espadas largas, y los atropellaban con sus caballos, sin errar tiro sobre unos cuerpos desnudos, y en quienes hacían presa los perros que les soltaron de improviso, tragándolos y haciéndolos pedazos. En breve tiempo quedaron millares de estos indios muertos en el campo de batalla, y se hicieron muchos prisioneros; pero la Reina de Castilla, como se verá despues, no tuvo á bien que se hiciesen esclavos á unos hombres tan sencillos, y los volvió á su tierra, dando órdenes sérias para que de allí en adelante no les privasen de su libertad. Al mismo tiempo encargó que se trabajase en reducirlos al yugo del santo Evangelio por el camino de la suavidad, y que se procurase con buenos modos persuadirlos, por motivos de su propio interés, á rendir homenaje á la Corona de Castilla. Así lo habia hecho el Rey de Marien, quien, todo el tiempo que duró la hambre, se obligó á mantener cien españoles con bastimentos, lo que no era poco en un país donde poco se sembraba, y si se considera que comia más un castellano en un día que un indio en ocho. Retiróse este Príncipe á sus Estados despues de la batalla cargado

del odio de todos los de su nacion: fué siempre muy afecto á los castellanos, motivo por qué, para evadirse de las injurias de sus aliados, se vió obligado á retirarse á los montes, donde murió en el mayor abandono.

Algunos autores de los nuestros le achacaban á este Rey muchos excesos de impureza que causaban horror á los mismos isleños, lo que no se debe creer, por el grande aborrecimiento que le tenían los demás caciques de la isla, que divulgaban todo lo que le podia infamar, por verle coligado con los castellanos; ni tampoco por lo que dice uno que otro autor castellano, que se inclinó á creerle autor de la muerte de los cristianos de la Villa de la Navidad, sin reflejar el pago que tuvieron sus grandes servicios á la nacion castellana.

Con esta victoria alcanzada sobre los pobres isleños, á tan poca costa, anduvo el Almirante nueve ó diez meses por la isla haciendo gran castigo en los que hallaba culpados en la rebelion, no dejando su tropa de llenar todo el país de horror y espanto, portándose con demasiada licencia. Manicatex, Guarionex y Cotubanama, resistieron á los esfuerzos del Almirante por algun tiempo; pero al fin, despues de varios encuentros, hubieron de ceder á la fuerza y sujetarse al Almirante. A Behechio, cuyos Estados